

217.1.9.
Abril 1935

Organo de la Federación
Regional de Asociaciones
de Empleados de Banca
de Levante

Afecta a la Federación Espa-
ñola de Trabajadores del Cré-
dito y de las Finanzas

REDACCIÓN:

Calle de San Vicente, 63

Teléfono 15.576

VALENCIA

PORTAVOZ DE LOS

TRABAJADORES DE BANCA

Año I - Núm. 4

*Camaradas presos,
compañeros represalia-
dos, proletarios, todos
los bancarios os envían
un saludo lleno de
emoción en nuestro
Primero de Mayo.
Salud.*

Este Primero de Mayo

Una fecha, una situación y una perspectiva

Las circunstancias políticas, excep-
cionales, que rodean este Primero de
Mayo, determinan que nuestros actos
no alcancen la resonancia debida. Pero
no pueden impedir que, cada proleta-
rio, en el fuero interno de su concien-
cia se forje su composición de lugar.

Más que la significación histórica
de esta fecha memorable, significación
que a fuerza de generalizarse parece
una redundancia reiterarla, este Pri-
mero de Mayo tiene, sobre todo para
los trabajadores españoles, una impor-
tancia particular: centenares de com-
batientes han rendido el tributo de su
vida en defensa de la libertad; deca-
nas de millares purgan entre cerrojos

su lealtad a los principios y su fide-
lidad a la clase, y alrededor de un millón
de hermanos en paro forzoso perma-
nente apenas si tienen ya más que un
mendrugo por alimento y una covacha
por techo.

Sin derechos ciudadanos, restaura-
do el caciquismo; cerrados muchos de
nuestros centros, el pensamiento de la
contrarrevolución ha podido expresarse;
pero el de la clase obrera late con
fuertes vibraciones en todas las con-
ciencias y con motivo de este Primero
de Mayo palpará con honda emoción.

Así, sin embargo, las perspectivas
no pueden ser más favorables. La clase

obrera ha mostrado su fortaleza y su
conciencia. Con ella, los bancarios es-
pañoles realizamos una experiencia.
A la fortaleza moral le seguirá la reno-
vación de fortalecimiento material. Y
entre las luchas pasadas y las próxi-
mas hemos abierto un paréntesis de
reconstrucción, de unificación ideoló-
gica, preciso de establecer para los
empeños futuros.

Nadie se ha sentido debilitado. To-
dos comprendemos cual es la senda a
seguir y la forma de recorrerla. La
cuestión vital está en que sepamos
apresurar el paso y que este Primero
de Mayo nos sirva a todos en la refle-
xión para afianzar nuestras posiciones.

Ayudemos a nuestros parados... y pensemos en sus reivindicaciones

Con motivo de la huelga de Octu-
bre es conocido de la gran familia de
los bancarios españoles, que más de
trescientos compañeros nuestros fue-
ron despedidos por las Empresas res-
pectivas. De nada sirvió que nues-
tros camaradas se acogieran a los
plazos marcados por las autoridades
gubernativas para reintegrarse al tra-
bajo: la Patronal, en una nueva mani-
festación de despotismo, atropelló los
derechos más elementales del trabaja-
dor. En bastantes casos expulsó a com-
pañeros en plazas donde ni siquiera
había habido movimiento y, en otros,
hizo selección de personal cuando el
movimiento estaba extinguido, más tar-
de del 20 de aquel mes.

Una situación totalmente adversa,
cuyas circunstancias son imposible de
desconocer, ha impedido organizar la
reivindicación de los compañeros atro-
pellados. Dentro del cuadro de la mis-
ma ni siquiera fué posible formular
las reclamaciones correspondientes an-
te los Organismos Oficiales, pues sobre
que en todo este tiempo no existieron
más que nominalmente, las demandas
fueron recusadas. La presión de la
burguesía financiera llegó a todas par-
tes. Los Presidentes de los Jurados
Mixtos — y nos referimos particular-
mente al del Nacional de Madrid— fue-
ron instrumentos dóciles en manos de
los banqueros.

Pero la satisfacción del derecho de
los compañeros represaliados es el es-
tímulo fundamental de nuestra labor
de hoy. Consideramos su reivindica-
ción como una de las cuestiones vita-
les de nuestro movimiento, y pensa-
do en que habremos de lograrlo ple-
namente, templamos nuestro ánimo en
el esfuerzo de todos los días hasta ha-
cer posible las condiciones favorables
de nuestro triunfo.

Entretanto, hacemos llegar hasta
todos los compañeros que trabajan en
la Banca de nuestro país, la necesidad

de ir en socorro de los que cayeron
victimas de la represalia patronal,
pero con la mayor dignidad. La ayu-
da, hasta ahora, en términos gene-
rales, fué satisfactoria, pero es indis-
pensable de mantener e intensificar,
porque las exigencias más materiales
de un número tan crecido de selec-
cionados son muy considerables.

La consigna de un día de haber
dada en el mes de Diciembre tuvo fa-
vorable acogida en buen número de
organizaciones. En otras, la respuesta
fué débil. Es urgente reforzar la ayu-
da en éstas y mantenerla vigorosa-
mente en aquellas otras. El deber más
imperioso en nosotros, el de la soli-
daridad, debe ser practicado por to-
dos intensamente. Y queremos invo-
carlo especialmente en una fecha, la
del 1.º de Mayo, que es precisamente
eso: la exaltación de la solidaridad
por la clase trabajadora universal.

Nuestras organizaciones, nuestra
Federación, han de ir en ayuda entu-
siasta de sus mejores militantes. To-
dos los bancarios congregados en to-
rno a ellas deben de llenar de con-
tenido práctico esa expresión. Lo me-
nos que podemos hacer los que con-
servamos nuestras situaciones es acu-
dir en socorro de los que en todo
momento actuaron como correspondía
a una vanguardia. Es obligado que
puedan mantener con el mayor deco-
ro la situación difícilísima que atra-
viesan.

Continuando como está abierto el
fondo pro-represaliados es necesario
engrosar nuevas cantidades. Duro a
duro y peseta a peseta, es necesario,
camaradas, sostener a todo trance a
los seleccionados. La solidaridad, re-
petimos, es el distintivo fundamental
de una organización obrera.

Organizar, bancarios, la ayuda a



Saneariamiento de la economía
capitalista

(Dibujo de Renau)

nuestros parados. Constituir Comités
de Banco con este generoso fin y for-
zar su funcionamiento en contacto
con las Juntas Directivas. Mientras
subsista la causa que nos hace diri-
gimos a vosotros, con el que conside-
ramos más justificado de los llama-
mientos a la solidaridad fraternal, te-

nemos la obligación de mantener a
los compañeros caídos. He aquí la
tarea en que mayor celo y actividad
hemos de poner todos y la consigna
que con especial empeño queremos
dar en ocasión de una fiesta de tan
honda significación obrera como es la
de 1.º de Mayo.

Al ponernos de nuevo en contacto con la colectividad bancaria por este número extraordinario que con especial intención dedicamos al Primero de Mayo, VOZ BANCARIA renueva la disposición de defender sus intereses y continuar hasta el final la lucha por nuestras aspiraciones de clase. En ocasión de significación tal para el movimiento obrero, VOZ BANCARIA expresa la firmeza de sus posiciones y quiere hacer llegar el sentimiento de su solidaridad más encendida a los compañeros que aun sufren el rigor de la prisión y a todos los represaliados. VOZ BANCARIA aprovecha esta solemnidad íntima para saludar en "esforç" al proletariado bancario catalán con el que en magnífica unidad le sorprende este Primero de Mayo; y hace votos, que son promesas de reforzar la lucha, porque, vencidas las dificultades ya superadas, la próxima festividad obrera universal podamos celebrarla con los éxitos más firmes de nuestro frente en los cuadros de la Federación Nacional y en el seno del movimiento obrero.

Desde
Barcelona

El Primero de Mayo de los bancarios

Los bancarios españoles se disponen a celebrar el Día del Proletariado. Este no es para nosotros uno más. Viene precediendo a nuestro primer período de lucha, de sacrificios, de represiones. Del pasado al actual hemos atravesado momentos de incertidumbre y de angustias; hemos vivido horas dramáticas. Pero hoy, al poderlo confesar en voz alta, sentimos la viva satisfacción de encontrarnos reconfortados, fortalecidos, si cabe. En este período hemos podido proveernos de experiencia. Nos hemos llenado de gloria. Nos hemos afirmado en nuestras esperanzas.

Al conmemorar nuestra Fecha, no hemos sólo de pedir a los bancarios que se sumen a todas las manifestaciones de carácter obrerista que se nos permitan celebrar, o que sean ellos los que las inicien. Hoy es el mejor momento para pedir a todos un instante de serena reflexión que le lleve a la trascendental conclusión de fijar sus posiciones con respecto a la Organización. No digo esto por pura fórmula, por hacer un artículo más a costa del Primero de Mayo. Fue en Septiembre, en nuestro último Congreso Nacional, donde se perfilaron diáfananente las líneas de nuestra futura trayectoria. La clase bancaria dio a sus mandatarios instrucciones definidas. Del pensamiento de la clase, por su propia voluntad, se trazaron aquellas orientaciones. ¿Hay razones para que desviemos lo más mínimo nuestra conducta? No, rotundamente. El proletariado español, y entre él los bancarios, rompió en una fecha ya gloriosa los marcos de una legalidad adulterada dando expansión a nuestras ansias contenidas de liberación. Y hoy siguen subsistiendo todas las razones que le impulsaron a conducirse así, aumentadas con otras que no se nos permitiría detallar. Nuestra posición era, y es, la justa. No se ha visto en nosotros después del 6 de Octubre al rebelado por pedir su pan, sino al enemigo desarmado a quien se le puede pinchar sin temor a que reaccione. Así vemos nosotros, bancarios, cómo en este período se nos ha denegado el derecho a asociarnos, a reunirnos, a emitir públicamente nuestro pensamiento, a protestar de las injusticias y castigos que se nos infringían. No se nos ha permitido discutir con nuestra burguesía unas condiciones de trabajo que elevaran moral y materialmente nuestras indignas condiciones de vida. Se han tolerado despidos injustos, se han infringido las Bases, nos han robado los quinquenios. Nos han arrebatado la estabilidad, se han aherrojado a nuestros dirigentes, nos han clausurado nuestros Sindicatos...

Por esto se hace necesaria esa reflexión que pido. Hoy ya no es admisible la existencia en nuestra Organización de los indiferentes, de los que se dejen arrastrar por todas las corrientes. Para seguir a nuestro lado en lo sucesivo es preciso saber sentir en toda su intensidad la tragedia actual del proletariado y estar dispuesto a luchar por terminar con este estado de cosas. No es posible que tratemos de engañarnos a nosotros mismos. En jornadas próximas se habrían de ver obligados a quedar en evidencia, y hoy se está a tiempo si se quiere honradamente rectificar, cuando esta rectificación nos ayude a colocarnos en nuestro verdadero sitio.

¡Primero de Mayo de 1935! La aurora de este día simbólico tendrá una luz esperanzadora que iluminará los más íntimos fervores de cuarenta mil obreros que en las cárceles de Es-

paña sufren la condenación de una sociedad por su justa rebeldía. Pensando en ellos, pensando en los que cayeron por siempre, hemos de hacer hoy la promesa solemne de reafirmar nuestras posiciones de clase, de fortalecer nuestras convicciones proletarias.

Al principio de siglo, el desarrollo del progreso mecánico robustecía al capitalismo en gran escala, dando con esto origen a esas grandes industrias de montaje costoso, que concentraban la producción en una minoría de capitalistas. Los banqueros, comerciantes y jefes de industrias, ejerciendo un nefando despotismo económico, se enriquecían rápidamente, mientras los obreros, trabajando diecisiete horas al día, con jornales míseros, vivían en la más inhumana desesperación, a tal extremo que cuando el promedio general de vida era cuarenta años, el de un obrero de fábrica, víctima de todas las privaciones y abrumador trabajo, no alcanzaba a veces más de veinticinco.

Las clases favorecidas por ese nuevo orden de cosas veían con indiferencia la terrible situación de los trabajadores. Si alguna vez, en medio de su riqueza y sus placeres, a los plutócratas les asaltaba algún remordimiento, buscaban el consuelo a su fugaz dolor humanitario, en el libro del sacerdote y economista inglés Malthus, titulado «Ensayo sobre el principio de población», en el que afirmaba entre otras cosas «un fundamento, que la población aumenta en mayor proporción que los medios de subsistencia, y sobre todo esta otra frase de su libro, con la cual redimía de toda culpa a la parroquia capitalista: «Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no puede mantenerlo, ni la sociedad utilizarlo, no tiene el menor derecho para reclamar una porción cualquiera de alimento y está realmente de más sobre la tierra. En el gran banquete de la naturaleza, no hay cubierto preparado para él; la naturaleza le manda marcharse y no tarda en ejecutar por sí misma esta orden». Humanitarias y cristianas frases nacidas de la pluma de un clérigo. Y es aquí, ante estos sarcasmos de que eran objeto los proletarios y ante la hostilidad rampante de las Iglesias, Estados, y la plutocracia, como avanzaba el socialismo amenazando con la destrucción de ese orden de cosas, promotor de la tiranía sufrida por el mundo proletario.

Las diversas tendencias socialistas partían todas de un mismo punto: la condenación del régimen capitalista, que acumula las ganancias en la minoría que posee las fábricas y las fuentes de producción y condena a la gran mayoría de obreros a un salario ruín y mezquino que apenas le alcanza para el vivir diario, sin que por lo tanto pueda quedarle nada para prevenirse de la amenaza constante de un paro forzoso, de una enfermedad, invalidez, o la vejez inevitable.

Lo que al principio parecía ser pasado llegó a inquietar al mundo capitalista: el socialismo arraigaba en las masas trabajadoras, especialmente en los sectores intelectuales del trabajo. La batalla empezaba y había que dar el traste con aquellas propagandas que en su día tendrían realidad. Es aquí el moti-

No será estéril el sacrificio de años y otros si sirve de estimulante para los que continuamos en libertad. Y esta ratificación serena, unánime en el Primero de Mayo, será el pago generoso que podemos dar los que hemos de luchar mañana a los que ya en jornadas pretéritas supieron ofrecer el magnánimo tributo de su libertad o de su vida en aras de la realización de sus nobles ideales.

A. LÓPEZ RAIMUNDO

A rey muerto, rey puesto

He aquí que cuando nos disponíamos a tomar en cuenta todas las arbitrariedades del Presidente del Jurado Mixto Nacional, para en su día liquidarlas cumplidamente, nos enteramos de la noticia de su fallecimiento.

Sobre que no somos aficionados a las

truculencias y nos consideramos siempre enmarcados en la objetividad de nuestra doctrina, más atentos al pensamiento y su función que al horbre cuando es un simple instrumento, ello no puede excluir que la ausencia del Presidente de aquel Organismo dejemos de lamentarla. Ni la lamentamos ni la sentimos. Los atropellos del eclarismo al servicio de un interés de clase descaradamente utilizado desde lugar que es representación del Estado que quiere amparar la pugna de dos clases, nos resulta siempre deleznable por muy clara que sea nuestra estimación del verdadero papel de los organismos de conciliación y arbitraje.

Consecuentes en nuestro pensamiento, nada tampoco esperamos del nuevo Presidente impuesto, Aaguera de Sojo, por el Ministerio de Trabajo. Mas por si el señor Valcárcel —tal es su nombre—, admitida la existencia de los Jurados Mixtos, podía ocupar adecuadamente su puesto, sus primeras actuaciones nos han convencido ya de lo contrario.

Conste, antes que nada, que ninguna prevención teníamos contra el puesto que nos era absolutamente desconocido. La cédula política la conocimos con posterioridad al comienzo de su gestión. Su condición de joven populista, con revelarnos una mentalidad, pongamos que podía decirnos poco para utilizarla como índice de actividad. Por los hechos queremos medirla. Ahí están:

Se están viendo en el Jurado Mixto Nacional unos juicios por despidos de varios compañeros. Todos ellos han justificado debidamente la inasistencia al trabajo el 5 de Octubre y días posteriores. Algunos por detención gubernativa, otros por enfermedad comprobada. Y aunque los primeros justifican con certificados de la Dirección de Seguridad y de la Prisión Celular de Madrid la causa de la imposibilidad material para acudir al trabajo —y de caso la puesta en libertad de que fueron objeto por no existir contra ellos acusación ni delito alguno realizado—, los juicios, que de acuerdo con la Ley de 27 de Noviembre de 1932 debían de limitarse a comprobar si en efecto o no la falta al trabajo estaba suficientemente justificada, se han convertido, ante la coacción de los patronos que asisten como tal representación ilegalmente, puesto que en ausencia de los vocales obreros suspendidos rompen la paridad, en algo así como si estuviera viendo la causa de presuntos delinquentes en Tribunales Ordinarios.

Hasta tal punto llega en lo policiaco la actuación del Presidente, que no estando, según él, con los certificados exhibidos, suficientemente probada la inasistencia al trabajo, suspende los juicios para ampliación de pruebas con el fin de buscar la de los policías que detuvieran a nuestros compañeros, por si estos hombres, que no pudieron acusarlos en los respectivos casos ante los Tribunales Ordinarios, pueden aportar en un Jurado Mixto, con atribuciones perfectamente limitadas en la Ley, algunos indicios de la intención de ser huelguistas por parte de los demandantes.

Las protestas por los camaradas que actuaron de defensores fueron todo lo energías que las circunstancias requerían. Pero todo ha sido igual. El delegado de Acción Popular en el Jurado Mixto Nacional se limitó a escucharlas un poco atónico por el volumen de su obra, pero sin rectificar.

No queremos decir que protestamos. Queremos sacrificar todo lo posible el estruendo de las frases para ahorrarnos energías necesarias de desplegar en otro momento. En este de ahora, preteridemos solamente dejar constancia de todo lo que contra nuestra clase se viene realizando por los patronos y por las autoridades de trabajo. Nos permitimos, eso sí, asegurar solememente, y en estas palabras sencillas queremos concentrar la mayor firmeza, que ninguno de los atropellos actuales quedará por reindicar.

El ascenso de la Organización y las posibilidades generales como consecuencia de la acción de la clase trabajadora son de ello el mejor anticipo que podemos ofrecer.

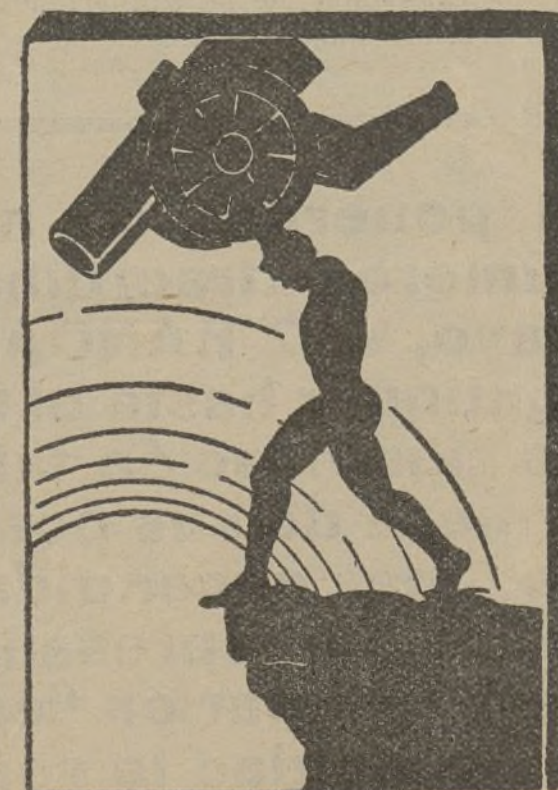
res, banqueros y comerciantes seguirán jugando con el sudor de los trabajadores; los políticos, con la vida de los hombres, entregándolos como holocausto a la minoría capitalista; los estadistas, con el destino de las naciones, y todos juntos con el porvenir incierto de la civilización.

La civilización! Toda la historia del mundo, se reduce a focos aislados de civilizaciones en la que los hombres en unas sufrió menos, alternando con épocas de barbarie, en las que el hombre sufrió más. Hasta el siglo pasado, el hombre fué un simple juguete de la naturaleza y ahora se están cambiando las tornas y la naturaleza empieza ser su sumisa esclava. La ciencia nos entrega la Naturaleza encadenada en las máquinas para que trabaje por nosotros. Las civilizaciones anteriores, en lucha con la naturaleza hostil, se fundaban en el trabajo impropio de la comunidad entera para el bienestar exclusivo de una clase privilegiada, y toda su estructura económica, fundada en la propiedad privada, tendía a favorecer esta desigualdad. Esta estructuración que reserva para unos cuantos el bienestar limitado que no alcanza para todos, es la que existe hoy todavía en todas las naciones, excepto en Rusia, y esto ya no tiene razón de ser, puesto que la ciencia, esclavizando en nuestro provecho a la Naturaleza, domándola y despojándola de su hostilidad, hace posible el bienestar general e ilimitado de todo el género humano.

El desequilibrio del mundo no se debe más que a esto: a un sistema económico anticuado que no se resigna a dejarle el paso franco al colectivismo y quiere seguir aprovechándose del fruto óptimo de las aplicaciones de la ciencia. El capitalismo apelará a todos los recursos para salvarse: Un tercio de siglo ha transcurrido al cabo del cual el problema continúa en todas sus fases.

Aunque las leyes, las cárceles y los medios de represión brutales e humanos quieran impedirlo, las ideas avanzarán y recobrarán cada día que pase más arraigo en las masas, no sólo en el proletariado manual, sino en todos los sectores, sobre todo el intelectual, ya que no podrá existir paz en el mundo mientras a los hombres no se les garantice, por el solo hecho de vivir, la satisfacción de las necesidades de la vida material: el alimento, el albergue, el vestido yel amor.

ANTONIO GARCIA RINCON



Trabajadores:
¡Abajo la guerra!

Anguera de Sojo, el representante típico del cerrilismo reaccionario y miembro distinguido del Partido que con motivo de las elecciones de Noviembre del 33 nos prometía la participación en los beneficios, dijo a los representantes de nuestra Federación: «Las líneas directrices del Contrato quedarán encuadradas dentro de un programa de cuatro o seis puntos que promulgará el Ministerio de Hacienda o el Consejo Superior Bancario. Sobre estas líneas discutirán luego patronos y obreros en tres o cuatro reuniones.» La legislación social, la ley de Jurados Mixtos, la ley de Contrato de Trabajo, son, por lo visto, cosas despreciables para el conspícuo cavernícola. La cuestión está en restringir lo más posible nuestros derechos y ampliar voluminosamente los de los patronos. ¡Así son los demagogos cuando llega la hora de la verdad!

Necesidad del nuevo Contrato de trabajo

La experiencia nos hace afirmarnos en nuestro conocido criterio: El mejoramiento en nuestras condiciones de vida, nuestra dignificación moral y profesional estará siempre en relación directa con la situación política dada del país. Es decir, dentro del cuadro de una situación progresiva las posibilidades de mejora en nuestra condición social son siempre mucho más fuertes que aquellas que nos pueda propiciar una situación reaccionaria.

La cosa está bien clara. Al fin la política no es más que la economía concentrada. Son los intereses los que intervienen en ella y los que determinan circunstancias más o menos favorables, según la representación de los grupos que aquellos intereses mantengan en la dirección del Estado. Para llegar a esta conclusión, después de la experiencia vivida, no hace falta teorizar mucho. Por caminos parecidos estamos convencidos de que la colectividad de Banca, en su mayoría absoluta, ha llegado a la misma conclusión.

Vulgaricemos: Al advenimiento de la República, una situación izquierdista nos permitió una elevación en las condiciones de vida como poco tiempo antes no hubiéramos podido soñar. La pequeña burguesía, con una colaboración obrera en el Poder, fué marco asequible para que los bancarios españoles contando con el instrumento indispensable que es una Organización de clase, pudieran conquistar, incluso, la estabilidad. Esta reivindicación por sí sola significaba una revolución en las relaciones sociales cuando ellas se producen en los límites del capitalismo. Ella tuvo su complemento en otra reivindicación fundamentalísima: la de nuestro control en los casos de reducción de plantilla. Cuando una colectividad como la nuestra ha logrado conquistas tan preciadas, inigualadas por ningún otro sector profesional dentro y fuera de nuestro país, es que algo sensacional ha ocurrido en la vida de un pueblo. Es que en España se iniciaba el proceso de la revolución democrática, al amparo del cual al proletariado le estaba permitido un desenvolvimiento superior y unas mayores garantías en su lucha por la existencia.

Pero las circunstancias cambiaron. En qué forma y por qué causas es cosa que hemos examinado particularmente desde Voz Bancaria. Repetimos, sin embargo, que la democracia burguesa en la medida que consiente a la clase obrera semejante desenvolvimiento, es arena propicia para que la contrarrevolución prepare sus nuevos métodos políticos: el fascismo. Y modificadas las circunstancias con la solución contrarrevolucionaria a esa disyuntiva nuestra condición de trabajadores había de sufrir también sensibles quebrantos.

No hablemos ya de los más violentos que todo el mundo conoce y para el examen de los cuales la ocasión no es de lo más propicia. Circunscribiéndolos al cuadro estrecho profesional, ahí los tenemos. ¿Queda algo en pie, prácticamente, de aquellas mejoras que más nos permitían la íntima si bien relativa satisfacción? Poco o casi nada.

Pero no es esto lo peor sino que la situación política creada por el ascenso reaccionario hasta el Poder, la dirección que la burguesía imprime a la defensa exclusiva de sus intereses, cerró todas las perspectivas de nuestra marcha. No hablemos de las posibilidades de defensa, restringidas hasta la expresión más mínima. Y si bien la estrechez del horizonte ha de durar el mismo tiempo que el proletariado necesite para restablecer las condiciones de la contraofensiva, la verdad es que sobre que los perjuicios pueden ser irreparables, los grupos políticos de la burguesía más reaccionaria, en su sed insaciable de revancha, «consecuentes» con los ofrecimientos que nos hacían con motivo de las elecciones de Noviembre del 33, cuando nos predicaban la participación en los beneficios, legislan con el interés puesto en garantizar éstos de tal forma que ni siquiera el derecho a la defensa de nuestro decoro les parece lícito en nosotros. Toda medida de defensa de nuestros intereses la estiman ilegal y por ilegal, revolucionaria.

El caso del criterio de un conspicio de la Ceda, el partido que hoy más típicamente encarna la representación de

la gran burguesía, es aleccionador por lo terrible como expresión de la situación que hemos debido de soportar. En plan de exponer ante una representación nuestra, a la que trató de la peor manera posible, sus puntos de vista en relación con el establecimiento del nuevo Contrato de trabajo, aseguró, muy ufano, que la discusión tendría que reducirse a tres o cuatro materias que previamente serían estudiadas por el Consejo Superior Bancario. Tal pensamiento era nada menos que el malogrado Ministro de Trabajo Sr. Anguera de Sojo, secretario hasta la médula ignorante hasta lo inverosímil. El condensar mejor que cualquiera otra cosa lo irrespirable que fué para la clase trabajadora la atmósfera política de seis meses de reinado de los que indirectamente ya venían influenciando un estado de cosas insostenible, afortunadamente en plena corrupción.

Pero la anomalía de nuestra situación continúa. Legalmente, debíamos de tener ya establecidas las nuevas bases de trabajo desde Enero del corriente año. Una disposición del Ministerio de Trabajo prorrogó las que debieron vencer en 31 de Diciembre del 34. La prórroga va tomando carácter de definitiva, pues, a pesar de las gestiones realizadas, nada es posible apuntar sobre su expiración. Entretanto, la dependencia bancaria ha de «subsistir» con unos sueldos que si

en el año 33 ya eran bajos mucho más han de serlo ahora con la merma del poder adquisitivo del Dinero. La vida ha encarecido, desde entonces, en más de un veinticinco por ciento y ello a cargo, claro está, del que consume y trabaja.

De este ligero balance entre nuestro pasado reciente y el presente actual las consecuencias no pueden ser más desagradables. Sin nuevas bases que compensen el esfuerzo que como trabajadores realizamos diariamente y con las doblemente insuficientes que subsisten con la aplicación más arbitraria, cuando se aplican, la necesidad de un nuevo Contrato de trabajo a tono con la realidad actual, sustituido el régimen vejatorio del Escalafón, no puede ser más angustiosa. Esperemos que el esfuerzo que la Organización canaliza con evidente intensidad en estos momentos de los resultados apetecidos a no tardar. Los bancarios españoles convencidos por una y trágica experiencia de que aquello que hemos de alcanzar hemos de lograrlo por nosotros mismos, se aprestan hoy con entusiasmo que conforta el ánimo a darle continuidad a su historia. Del éxito de las próximas acciones nadie puede dudar. Al fin es justo que se imponer nuestros derechos sobre los que con nuestro sudor y a costa de una economía que parece condenada a vivir de precario, anuncian sin titubeos los beneficios del último ejercicio, señalando para contento de la oligarquía financiera qué utilitario resulta ser accionista cuando el «orden» restablecido impone resignación, si bien sea nada más que formal, a todo un pueblo que trabaja y que sufre.

Crónica de Madrid



La sindicación amarilla

Acción Católica, Acción Popular El Instituto Social Obrero, «El Debate» y su ahijado semanal «Trabajo», realizan los mayores esfuerzos por organizar un Sindicato de Banca y Bolsa «apolítico». Comprenden que el movimiento fascista y corporativo que pretende organizar no será nunca nada sin una base obrera, y de ahí sus entusiasmos por lograr adeptos entre la clase trabajadora. Para eso sale «Trabajo», órgano de la mentecatez más vulgar y de la demagogia.

En esta labor, uno de los sectores preteridos parece que sea el bancario. «Trabajo» le dedica semanalmente cierta atención para hinciar la cosa con el propósito de sorprender incautos. El desacierto con que tocan nuestros problemas y las inexactitudes en que incurren, da una idea de cómo está hecho todo el periódico. Ello revela, naturalmente, sobre otras cosas, siquiera una fundamental: la absoluta incapacidad de la burguesía y de los que la sirven dócilmente para organizar algo que no sea la miseria cada día más «floreciente» de la clase trabajadora.

Tres Sindicatos salieron a la palestra a raíz de Octubre. En una cuestión para ellos tan fundamental —colocarse al servicio de los patronos— discreparon de la mejor forma de hacerlo. Y así tenemos que al Sindicato Católico de fundación anterior, pero que siempre vivió en precario, vinieron a disputarle la hegemonía confesional con otros tintes una Asociación «profesionalista» y un rumboso Sindicato Español, de clara tendencia fascista.

Mas, de un lado, esta rivalidad lacayuna, y de otro, fundamental el claro sentido de clase de los bancarios madrileños, la brillante historia de nuestro Sindicato, no sólo neutralizaron en los momentos más favorables para la contrarrevolución la sindicación amarilla que se iniciaba, sino que incluso sin entrar en el mes de Noviembre se evidenció su fracaso estrepitoso. Los manifestos que publicaron en las solistas columnas de los periódicos más reaccionarios no levantaron ni siquiera el ánimo de los propicios. La calumnia y el ataque personal a los hombres más representativos surtieron efectos contrarios a los que se proponían tener. Queriendo mostrar su profesionalismo «apolítico» se enfangaron en las aguas más cenagosas del virus reaccionario, por aquellos días tan en boga en los periódicos más descaradamente enemi-

gos de la clase obrera y de sus conquististas.

Ahora los hombres de «El Debate» con el equipo socialobrero, pretenden dar vida a algo que nació muerto. Y es en este caso El Sindicato Español el que se dispone a sacar un manifiesto para hacer acto de presencia, esforzándose por unificar los «cuadros» con todas las entidades autónomas. Esta gente hace equilibrios por dar a entender que son entidades autónomas las que no forman en la U. G. T. La caverna asegura que estar en el seno del proletariado organizado con una orientación de clase, es estar «a los mandos de la política». Pero lo apuntan con cierto disimulo, temerosos de descubrir la verdad de nuestra posición obrera independiente de la acción tutelar de la burguesía y su situación al servicio descarado de los patronos, con los que piensan en Acción Popular y conculgan en Acción Católica. Todo ello con perfecta conciencia de la traición a sus intereses, que combaten, servilmente, desde el campo del adversario.

La traca de proyectos que saben irrealizables la disparan para darse ánimos asimismos con el estruendo de ruido. Escuela Profesional para la formación de los bancarios «que deja bastante que desear» (las mismas palabras que los patronos para justificar el no aumento de sueldos); Montepío; organización recreativo-cultural; excursiones, etc., etcétera. Toda la gama florida de los programas de Organizaciones de tipo pa-

El IV Congreso de nuestra clase elaboró un anteproyecto de bases de trabajo. Más de un centenar de delegados, representando a unos 15.000 trabajadores de Banca, concretaron sus conclusiones respecto de las aspiraciones del momento. Pero el Comité Nacional, para imponer semejantes condiciones de trabajo, necesita del entusiasmo decidido y el apoyo serio de los militantes de la base. La fortaleza de nuestras posiciones debe estar determinada por la potencia de la Organización y ésta estará en relación directa con el esfuerzo que todos los bancarios sepamos realizar.

El paro forzoso: sus causas y sus remedios

A más de 700.000 ascienden los trabajadores en paro, según las estadísticas oficiales. En más de un millón puede cifrarse el número de parados, por cuanto ni esas estadísticas abarcan a toda España ni todos los obreros parados acuden a las Oficinas de colocación para inscribirse, sabiendo, como saben, que ninguna ventaja práctica ha de producirles la inscripción en un organismo cuyas funciones se concretan al registro voluntario de los cesantes. Por otra parte, la eficacia de las Bolsas de Trabajo, allí donde existen, es enteramente nula, no solamente porque sus funciones son limitadísimas, parciales, sectarias, sino porque continuamente el capitalismo sigue arrojando trabajadores a la calle.

El paro obrero es la consecuencia natural de la estructuración antisocial del capitalismo cuya ley fundamental es la producción de plus-valía para la reproducción del capital y reforzamiento, por tanto, de la explotación. El trabajo está considerado como una mercancía que se vende y cambia al precio que la ley de la oferta y la demanda fija y que, como es inevitable en un régimen cuyos medios de producción son propiedad privada, es constantemente superior el número de trabajadores que se ofrecen al de los que se demandan. Queda, por consiguiente, un excedente de

mano de obra, el «ejército de reserva industrial», que llamó Marx, y recíprocamente produce la baja del precio a que se vende el trabajo.

Si a esa ley fundamental, la acumulación de plus-valía, que es característica del capitalismo, añadimos la tendencia cada vez más acusada de los Estados burgueses a reforzar el aparato administrativo, policiaco y militar, con lo cual el sector parasitario se amplía determinando nuevas cargas fiscales que los patronos satisfacen directamente pero en el fondo a expensas de sus obreros, ya que la fuente de donde todo dimana es el trabajo, necesariamente tiene que producirse una baja de los salarios. Agregando que el proceso de la racionalización, el progreso del maquinismo, la evolución de la técnica permite eliminar continuamente brazos, nos haremos una idea bastante cierta de las negras perspectivas que nos ofrece este azote que se llama capitalismo.

Por lo que respecta a la Banca, ya tiempo que se viene hablando por los banqueros de una centralización y en cierto modo se va operando por la fusión de algunos establecimientos y la introducción de una serie de máquinas contables y la standarización administrativa. Los trabajadores bancarios vamos a encontrarnos pronto ante una cantidad de problemas internos de la más alta importancia y hemos de hacerlos frente energicamente con el instrumento insustituible de nuestra organización, porque es quizá en nuestra profesión donde se sienten con más demolidores efectos las consecuencias de la división del trabajo que acaba convirtiendo al trabajador integral en un autómatas, mecanizado y aplicado a un trabajo diferencial o de detalle que le destruye como tal trabajador incapaciándole para hallar empleo en otra profesión. Aquí, la racionalización juega el papel que de un modo general desempeña el capitalismo; o sea, que siendo la racionalización un elemento técnico que permite abreviar el tiempo y aumentar el rendimiento, y, por lo tanto, técnicamente considerado, un instrumento de progreso, socialmente es funesto para los trabajadores. No se infiere de aquí, naturalmente, que hayamos a combatir las máquinas. Esto lo hacían los trabajadores de principios del siglo XIX por instinto de conservación. Lo que es preciso, es arrancar esas máquinas de las manos de los capitalistas, y aplicarlas colectivamente socializando todos los medios de producción y cambio, todos los elementos de trabajo.

En España, el problema del paro sirve ignominiosamente de banderín de enganche político. Sobre todo el vaticismo, no cesa de hacer ofrecimientos y esos de los MIL millones se parecen ya al ungüento amarillo: curalo todo. La preocupación de agrarios, melquiadistas y vaticanistas ha consistido, hasta hoy, en practicar una política de bajas venganzas, reintroducir el caciquismo, provocar a la clase obrera, reducir los salarios a límites de hambre, votar créditos para aumentar las plantillas gubernativas, jubilar, con cargo al Estado, a los curas, hacer de la Constitución un papel mojado y convertir la legislación social en un verdadero reaccionario.

El problema del paro no tiene más que una solución: suprimir las causas para suprimir los efectos; y, por lo tanto, acabar con el capitalismo. Sólo cuando se produzca en interés social en vez de ser, como ahora, en interés privado; sólo cuando los medios de producción pertenezcan a la colectividad en lugar de pertenecer, como hoy a una minoría de explotadores; sólo entonces será resuelto. Lo que en otros términos quiere decir, que es la clase obrera por el propio esfuerzo la que ha de resolver este pavoroso problema.

colectividad de banca llegó victoriosamente a la mayoría de edad y que no está dispuesta a dejarse dirigir mansamente por sus peores enemigos, sino que por el contrario manifiesta claramente la disposición de afirmar sus posiciones con plena consciencia de que el futuro le pertenece.

El Montepío en Valencia

Después de su presentación en Cataluña, con motivo de la incorporación a nuestra gran obra mutualista de un sector muy importante de la colectividad bancaria catalana, nuestro compañero García Lago, que con tanto éxito viene presidiendo la actuación de su Junta de Gobierno, tuvo la acertada idea de ponerse en directo contacto con los compañeros de Valencia, para despertar entre nosotros un mayor interés por esta magna empresa que nuestra Federación nacional se ha propuesto llevar a los más altos destinos.

No se sabe por qué motivos el Montepío de Banca y Bolsa no ha sido exactamente comprendido por los bancarios de esta región y ello ha determinado un estancamiento en el número de sus afiliados, contados actualmente en proporción muy reducida en comparación con el censo de nuestros militantes.

Con el propósito de ir salvando esta dificultad y para vigorizar la propaganda que viene desarrollando la Asociación de Valencia, el camarada García Lago nos dedicó una charla de alto sentido doctrinal en relación con el Montepío, poniendo de manifiesto aquellos aspectos de la cuestión que entrañaban un interés político y de clase que los militantes conscientes no deben dejar de estimar.

Aludió en su disertación el conferenciante a los beneficios materiales, mediatos e inmediatos, que nuestra Institución reporta, aunque ello ya se hace ampliamente en la propaganda escrita que por distintos conductos se realiza y se refirió al aspecto social de esta obra, a las enseñanzas y utilidad que ha de reportarnos en nuestras luchas de hoy y del porvenir.

Después de bosquejar ampliamente la historia del movimiento cooperativo mundial y las vicisitudes que hubo de atravesar, dejó bien sentado el principio de que el Montepío — como todos los organismos cooperativos y mutualistas — no representaba nada sustantivo en la emancipación de la clase trabajadora, pero nunca podía admitirse una actitud de desdén e indiferencia hacia él porque su actuación y desarrollo implicaba la existencia de una escuela de solidaridad de clase y un baluarte de la organización para situaciones difíciles, en las cuales desempeñaba la importante tarea de mantener la cohesión de nuestras filas, y en todo momento servía de laboratorio que iría capacitando a nuestro sector en la dirección y administración de grandes empresas, que tienen reservado para el porvenir un papel preponderante en el aparato que ha de integrar la sociedad futura. Se remitió, para demostrar la justeza de esta teoría, a la Unión Soviética, donde las cooperativas, con el sello clasista de la nueva era, fueron impulsadas y vitalizadas, hasta transformarlas en uno de los nudos principales de la economía de aquel país.

Estas consideraciones importantísimas del camarada García Lago, han de hacernos meditar sobre este aspecto poco propagado de nuestro organismo previsor, ya que hasta ahora nos hemos dedicado a la labor de captación personal apoyados en los beneficios materiales que reporta al afiliado, cuando el verdadero estímulo debe ser esta consideración de tono más idealista.

No cabe duda que una mayoría de los que llegan a las filas de nuestro Montepío lo hacen bajo impulsos de ambición legítima, para garantizarse de así contingencias que el azar pueda depararle; pero también con el noble reconocimiento de que para ello necesita unirse al resto de la colectividad a que pertenece y renunciando expresamente al sentimiento individualista, que es lastre más pesado del movimiento liberador de la clase trabajadora. Y este es el gran sentido fraternal que nuestro Montepío hace penetrar en el ánimo de los compañeros que bajo él se cobijan, porque le convence íntimamente, al percibir su acción benéfica, que sin el esfuerzo colectivo, sin asociarse a otros individuos, no podría resolver ninguno de sus particulares problemas, porque su suerte y su destino están vinculados a los de sus compañeros asalariados.

Cara a la próxima guerra

Bolivianos y paraguayos colman su imbecilidad eternizándose en la lucha por los pozos petrolíferos de la zona del Chaco; los primeros empujados por los E. E. U. U. y los segundos por Inglaterra, que, entre bastidores, mueven la trama de la sorda lucha que estos dos países mantienen en torno a la hegemonía mundial sobre el petróleo. Hitler declara groseramente cancelados todos los compromisos que ligan a Alemania con el Tratado de Versalles y se dispone a invadir, renovando la barbarie del siglo V., la Europa decadente. Hungría se apresta a pedir la revisión del Tratado del Trianón y por consiguiente la reivindicación de los territorios desmembrados (Bukovina y Transilvania) y el rearme. Bulgaria suspira por la Macedonia íntegra desvinculada de Grecia y Turquía. Polonia se aproxima a Alemania para partir juntas a la conquista militar de Ucrania y Lituania, que ofrecen margen sobrado de expansión y compensación recíprocas como base de la reintegración de Danzig a Alemania. El Japón consolida su golpe de mano sobre la integridad territorial de China y espera la ocasión propicia de una guerra europea para asentarse definitivamente en toda el Asia. Los pequeños Estados, aparentemente neutrales, se preparan y orientan según el punto de vista de sus particulares intereses, girando en derredor de una u otra de las grandes constelaciones militares. Austria a duras penas puede contener la atracción nacional-socialista que acabará por convertirla en una provincia alemana. Italia vira en redondo su política exterior del lado de Francia oponiéndose a las reivindicaciones de Austria sobre Trieste, Trentino, Istria y Julia. Francia, aterrada por la amenaza de su enemigo histórico del otro lado del Rin, afirma el bloque franco-soviético. Portugal, que prevé en un nuevo reparto del Mundo la pérdida de sus colonias, modifica su política clásica de dependencia inglesa para acercarse a España y Francia. España, cuya política exterior está unida a la de Francia en Marruecos y a la de Italia y Francia en el Mediterráneo, construye 48 pequeñas unidades navales y no está segura de poder conservar su neutralidad. Bélgica vive en constante alarma bajo las asechanzas del bestial militarismo teutón que tiene en este país su ruta directa para la invasión del Este. Rusia siente la presión de dos flancos: el Japón que planea la conquista militar de Siberia como segunda fase del escandaloso atraco a Manchuria y Alemania y Polonia al Oeste. De norte a Sur y de Oriente a Occidente, Europa es un volcán en ebullición constante cuyas materias, acumuladas por una serie de hechos históricos, raciales, económicos y políticos a cual más contradictorios y anacrónicos, están a punto de producir una formidable explosión y en ella sepultar nuestro Continente.

Para nosotros, las cosas son como tenían que ser; y este criterio, en apariencia simplista, está, sin embargo, sólidamente fundamentado en la propia evolución del capital: la concentración capitalista determina un proceso de proletarianización constante; la división del trabajo acaba en la racionalización y el paro; la transformación del carácter y la composición del capital industrial en monopolizador y financiero conduce al imperialismo, y el imperialismo no puede concluir sino en la guerra. Por consiguiente, la tesis de Marx sobre la fun-

ción catastrófica del capitalismo está a punto de demostrarse de un modo definitivo y concluyente.

A las junturas y fallas que en su envoltura el capitalismo presenta, vienen a agregarse los altos y bajos de su constitución interna: política de contingentes o cupos de importación; revisión continua de tratados comerciales; modificación arancelaria; caída vertical de precios; oscilación caótica de los cambios; refuerzo sistemático de los tributos; asfixia de los presupuestos militares; y como corolario, paralización de actividades, desconexión económica, paro, miseria, opresión política y degradación moral.

El panorama que el Mundo ofrece es para inquietarse de veras. Y lo que puede significar una nueva guerra bien merece la pena de ser reflexionado.

En las columnas de BANCARIO, hemos venido sosteniendo una teoría que a muchos se les antoja aldeana porque no lleva el marchamo oficial: la de que, si se parte del principio de que la guerra es inevitable, la clase obrera ni puede ni debe temerla, siempre a condición de que sea capaz de transformar los objetivos imperialistas en objetivos concretamente revolucionarios.

Desarrollando nuestra tesis, convenimos que, en efecto, toda guerra trae como consecuencia el aumento de la miseria y de la tiranía. Ciertamente; pero si eso ha sido posible, la causa hay que



Ahora resulta que la suspensión en la derogación del Decreto del 23 de Agosto, o mejor dicho, que la suspensión de la facultad de despido por las Empresas es cosa que debemos de agradecer a los bancarios de Acción Popular, según dicen en uno de sus periodiquitos.

Como en cuestión de méritos no queremos rivalidades que nos harían, padecer nos interesa únicamente repetir:

Que en 31 de Diciembre dirigimos al Ministro de Trabajo enérgico y documentado escrito protestando de la derogación del Decreto de 23 de Agosto;

Que tres o cuatro días más tarde visitamos al Presidente del Consejo de Ministros conjuntamente con representaciones del Sindicato Nacional Ferroviario, Tranviarios, Agua, Gas y Electricidad, etcétera, etcétera.

Que a continuación nuestra representación visitó al Ministro de Trabajo para ampliarle la protesta escrita y analizar la serie de contradicciones del Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros redactado por él;

Y que como consecuencia de todo esto, por algo una fuerza obrera, auténtica, en representación de más de 100.000 militantes, estaba en la práctica del derecho de opción por las Empresas mientras fueran confeccionadas las famosas ordenanzas, verdadero atropello que Anguera de Sojo organizaba contra los empleados de banca.

buscarla en la incapacidad (que para los países de escaso desarrollo industrial y, por lo tanto de poco proletariado es imposibilidad) de transformar la guerra en insurrección.

En las condiciones particulares en que va a dirimirse la que se columbra, es preciso contar con la existencia de un proletariado educado en las fuentes del marxismo, que vive la experiencia de 1917 en Rusia y no ha restañado las heridas de la guerra de 1914. Estas tres circunstancias hacen lógicamente presumir que los resultados de la próxima conflagración serán muy diferentes de lo que algunos piensan. Y hasta es posible, y más que posible seguro, que esa guerra sea la única salida posible, por hoy, a la revolución internacional. Los temores que el capitalismo experimenta (teme la guerra como teme el paro, y quisiera evitarlos, pero esta posibilidad está en razón inversa de su constitución antisocial) son un claro indicio de que la burguesía no se las promete muy felices.

Hay otro argumento, que nos parece definitivo, para nuestra tesis: el fascismo camina de éxito en éxito, —el proletariado, de derrota en derrota—. No es momento de detenernos a considerar las causas de este contrasentido que resulta entre el hecho de una situación mundial directamente revolucionaria, madura, y el contrario del ascenso del fascismo; porque tendríamos que apuntar muy alto, señalar concretamente la responsabilidad en las Internacionales II y III y herir susceptibilidades; pero está fuera de duda que el fascismo es la desembocadura natural del capitalismo cuando a su paso no encuentra un movimiento obrero unido, organizado y preparado. Si por lo tanto, el fascismo tiene la posibilidad de ampliar el área de sus triunfos sin la guerra, podríamos encontrarnos al cabo de un número determinado de años con una generación fascista y entonces, la guerra, producir consecuencias contrarias a las que buscamos.

En nuestra opinión, no es exacta la definición corriente de que el «fascismo es la guerra». La guerra es el capitalismo; el fascismo no es más que un instrumento. Y este lo teme, como el capitalismo, por la sencilla razón de que si el proletariado sabe aprovechar la coyuntura, fascismo y capitalismo, efecto y causa, perecerán entre las ruinas de la Sociedad actual. Pero siendo la guerra inevitable, el fascismo como el capitalismo, pugna, se afana por retardarla para provocarla en condiciones distintas: las de una generación educada en el nacionalismo rabioso, el prejuicio racial y la desviación histórica; con lo cual, del montón de escombros de una guerra así reñida, no surgiría sino la sombra de la barbarie.

He aquí porque nosotros tenemos, ante la realidad, que fijar algo más que posiciones sentimentales, orientando la propaganda, no en el sentido abstractamente pacifista que la venimos dando, sino forjando en la juventud el convencimiento de que la paz está condicionada a la liquidación del capitalismo; o lo que viene a ser equivalente, a la victoria del proletariado. Otras propagandas sostenidas con un punto de vista unilateral, producen la pesada impresión de que se defienden los intereses de un grupo beligerante con olvido imperdonable de tesis que hemos de considerar como fundamentales.

POLITIQUEERIAS

Aunque por fortuna se ve reaccionar saludablemente a los ciudadanos contra la nueva invasión de los bárbaros, representados éstos por los cavernícolas y demás «sucedióneos», es muy pintoresco reseñar algunos casos de verdadera represalia contra los trabajadores, a quienes, según aquéllos, hay que contener para que no se desborde con todas sus «bajas» pasiones. Y es que, según su retrógrado parecer, lo que en ellos es disculpable y hasta lícito, puesto que disponen del capital a su antojo, en nosotros constituye un pecado horrendo, no valiendo para nada el razonamiento de que nuestro deseo sólo es atender «decorosa y suficientemente» a nuestras ineludibles necesidades físicas y morales.

En España convergió la opinión del 12 de Abril, es una República que pudo ser la válvula de escape para una presión harta elevada de la atmósfera nacional. Pero por haber sido benévolo el pueblo y los hombres que dirigieron a éste, el monstruo de los tentáculos viscosos (a quien se pudo suprimir entonces, no valiendo para nada el razonamiento de que nuestro deseo sólo es atender «decorosa y suficientemente» a nuestras ineludibles necesidades físicas y morales).

Esto cuando el caciquismo ha vuelto a resucitar más virulentamente pues, se da el caso en algunos pueblos, de coacciones sobre compañeros bancarios para que cambien su filiación política o social por otra más afín a la de sus directores, so pena de caer en desgracia y merecer el título de «candidato a despido por derecho de opción».

Sabemos concretamente que un camarada nuestro de pueblo ha sido llamado ante la gerencia del Banco en la metrópoli, para amonestarle por la supuesta presidencia de un mitin político, lo que además de no ser exacto, pues sólo fué mero espectador, significa que en plena República un bancario no puede exteriorizar su ideario republicano, ni menos aún si es de mayor avanzada.

Y este absurdo sucede en plena «euforia», cuando no existe ley alguna que vede tal derecho a los bancarios, ni tampoco lo prohíbe nuestro Contrato de trabajo; en un régimen que por ser su esencia la democracia, se erige en defensor del derecho de propaganda política y del cual sólo priva a los ciudadanos afectos a los institutos armados. A no ser que por algún complicado proceso de hermenéutica, pretendan demostrar que pertenecemos a dichos cuerpos.

Pseudo razonan los jefes, pretendiendo demostrar que las actividades políticas pueden ser motivo u obstáculo para las relaciones bancarias con ciertos clientes de tinte ideológico contrario. Pero señores: nosotros vendemos al Banco nuestras energías e inteligencia, pero no nuestras ideas ni nuestros derechos ciudadanos. Además de que nosotros no tenemos la culpa de que ciertos clientes no sepan distinguir entre el Banco y sus empleados, y si bien éstos en las horas de oficina deben conducirse con el máximo respeto por las características de aquéllos, en el terreno particular el empleado es libre para manifestarse como guste.

Nos hablan de legalidad; pero ellos no reconocen ley alguna y se las saltan todas a la forera cuando lo tienen por conveniente, viniendo a resultar que los que blasonan de juristas y amigos del orden, son los primeros y más temibles anarquistas.

Todas estas monstruosidades, de momento, no nos sirven más que para inspirarnos el más profundo de los desprecios y para aumentar nuestro acopio de datos interesantes que surtirán efecto en momento más oportuno.

VERITAS

Al entrar en el quinto mes del año actual, los Bancos, en Asturias, aun no entregaron los escalafones. ¿Es que aspiran a imponer así la pacificación espiritual entre nuestros compañeros de aquella región?

Por fin va a resolverse el problema del paro

El paro obrero está en vías de una solución radical e inmediata. Dos fórmulas tenemos a la vista. Una es del Estado —de su burocracia—, la otra, —maravillosa— de los «cristianosociales».

Consiste la primera, según nota dada a la prensa de Madrid por el Jefe de la Oficina de colocación obrera, en multar con 50 pesetas a los patronos que incurran en la informalidad de no dar noticia de las alteraciones que se registren en las respectivas plantillas de personal.

La otra, la de los de la «justicia social» con pena de muerte, la de los que

se ocupan intensamente en su prensa de la actividad de la Oficina Internacional de Trabajo, en Ginebra y aquí anulan la legislación social, es mucho más sutil. Aquí la tenéis: «...La ha dado la Iglesia Católica. Quiérela tenga ojos que vea, y quien tenga oídos que oiga. Ricos y pobres, altos y bajos, gobernantes y pueblos: ¡Moralidad! ¡Espiritualidad!...» Y después (agarrarse): «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.»

Cualquiera de las dos fórmulas, a nos otros, ha de parecerse excelente. Mas, si fallaran—y nosotros no lo creemos—,

que por «fórmulas» no se queden sin comer el millón de trabajadores en paro. Sería cosa de recurrir a la de los mil millones, o, tirando por la calle del medio, cumplir al pie de la letra la famosa frase aquella de «Sacaremos el dinero de donde lo haya». Todo antes de que las cosas continúen como están. En país tan pródigo en soluciones como el nuestro, sería curioso, sin embargo, el ensayo de alguna de ellas. Sobre todo si la clase dominante nos permitía la frivolidad de organizar medio en serio una comida regular para los cientos de miles de familias que no prueban cosa caliente desde meses y meses.

El conocimiento de los problemas económicos

Una de las finalidades más trascendentes que puede ser lograda por nuestra prensa es, sin ninguna clase de dudas, ésta de suscitar en gran número de militantes la afición al conocimiento de este género de disciplinas.

En realidad, no se puede ser jefe de una organización proletaria y mucho menos elemento influyente en el movimiento político de la clase obrera, sin poseer una franca simpatía hacia el estudio de las cuestiones económicas.

La importancia de este trabajo ha sido exaltada siempre, entre nosotros, pero con un elemental sentido pragmático. Muchas veces hemos oído y leído, por ejemplo, que los Sindicatos no deben ir a movimientos huelguísticos sin conocer antes, por modo completo, el estado de la industria a cuyos dueños se trata de arrancar unas mejoras. Durante muchos años se ha venido tilando de locos a los que, sin saber previamente si las condiciones económicas en que se desenvuelve una actividad industrial determinada permiten resistir una elevación de salarios, lanzan a los obreros a luchas que, se dice, sólo por ese hecho, están condenadas a terminar en derrotas...

En la desviación ya tradicional que ha sufrido el movimiento obrero durante el curso de la ascensión capitalista ya definitivamente terminado, incluso una reivindicación como la del control obrero, se ha defendido a cuenta de que convenía a los propios patronos, ya que el conocimiento justo de la posición financiera de una Empresa llevaría a los propios trabajadores, cuando aquella fuera comprometida, a renunciar al logro de aspiraciones que ellos mismos comprenderían que era imposible obtener.

Dominar, o simplemente conocer, las cuestiones económicas para cosas de orden tan parcial y limitado, puede ser, sin duda es, conveniente; pero si el control obrero no había de servir más que para eso bien está que no se conceda.

Y como comprendemos que estas afirmaciones han de chocar con criterios muy anclados en la conciencia de los trabajadores organizados, y como formuladas de un modo tan apodíctico, podrían prestarse a interpretaciones nada correctas, antes de pasar a exponer todo nuestro pensamiento en orden a cuestión tan seria, consideramos necesario adelantar unas observaciones que en cierto modo precisen el significado y alcance de nuestras palabras.

* * *

Conviene, en efecto, mucho que los obreros, antes de presentar una reclamación a una Empresa determinada, conozcan ciertamente su situación desde el punto de vista económico... Pero sería simplemente desposeer de todo contenido revolucionario al movimiento proletario, subordinarle en su conducta y condicionarlo en sus luchas de manera que sólo pudiera iniciarse en

los momentos en que la curva de desarrollo de una explotación de una industria dada fuese excelente. No habíamos de la facultad excepcional que el capitalismo tiene para disfrutar la verdadera situación de toda una rama de la economía y de la cantidad de aliados poderosos con que el capitán de industria cuenta para disimular el estado real de sus negocios. Es que, suponiendo que fuera factible conocer a fondo la verdad, y siendo ésta francamente adversa para los dueños de la Empresa, no se infiere de esto como norma general, que haya de bastar esta consideración para que los trabajadores se avengan a arrastrar una vida de parias y renuncien a toda lucha. En unas condiciones dadas, la apreciación de la situación podrá impulsar a los dirigentes de una organización obrera a no plantear un movimiento huelguístico que, según todas las previsiones lógicas, habrá de terminar en una derrota. Pero la previa aceptación del principio según el cual, la actuación de la clase obrera habrá de subordinarse a las condiciones que atraviese la industria, llevaría, sobre todo en una situación de crisis progresiva de la economía capitalista, a la esclavitud espiritual y física de la clase trabajadora.

Cualquier ejemplo que tomemos nos ilustrará perfectamente en cuanto al error que hay contenido en una postura tan «razonable».

Todo el mundo conoce que la crisis de la industria hollera es un fenómeno universal. El descenso de los precios del carbón ha hecho que, en efecto, las condiciones de trabajo en las minas del mundo sean inferiores a las que se establecieron durante los años de la guerra, por ejemplo.

Si circunscribimos el caso a nuestra experiencia nacional, comprobamos que, por efecto de este descenso de los precios mundiales, los mineros asturianos han debido sufrir frecuentes amputaciones en sus salarios.

Sus compañeros de otros países se han visto colocados en situación pareja. A cuenta de que los salarios de los polacos eran muy inferiores a los de los alemanes e ingleses y de que no era posible luchar en los mercados del carbón, los mineros británicos alemanes, belgas y franceses han visto también envilecidas sus condiciones de vida. Si nos situásemos en este punto de vista del «interés general», postulando tras el cual se defiende con la máxima eficacia el interés de la clase explotadora, tendríamos, si no olvidáramos la pobreza de nuestros yacimientos, que para poder competir con los carbones no nacionales, por lo menos en precio, nuestros obreros deberían doblar el rendimiento, es decir, trabajar mucho más y ganar mucho menos.

Pero los mineros asturianos tienen salarios que están por debajo del salario vital. Por sobre toda otra consideración, ellos han de poner la de que necesitan vivir. Y vivir bien, cosa a que les da derecho la dura condición de su trabajo. Ningún balance alguna demostración de pérdidas en el negocio, puede arrebatarnos su derecho a la vida. Y si el sistema predominante conduce a este resultado disparatado, en virtud del cual no es posible retribuir el esfuerzo de los trabajadores, hay que ir a derrocar el sistema. Sabemos que esto es la Revolución. ¿Pero es que las huelgas son algo más que una discrepancia de precios entre el que contrata una fuerza de trabajo y el que la cede? Las disputas entre el capital y el trabajo, la lucha de clases en fin, excede el marco reducido de estas diferencias en cuanto a la retribución, si quiera la pugna que en su torno se desarrolla sea la de más claro relieve y a las veces la más aguda.

Es decir, que la posición de principio según la cual los intereses de la clase trabajadora y los de la clase capitalista son en ciertos aspectos solidarios hay que desterrarla por no corresponder al estado actual de las relaciones entre las clases. Eso ha podido subsistir en determinadas circunstancias como una prolongación del espíritu gremial. De ahí ha arrancado además el social-patriotismo, que no es otra cosa que la elevación al plano político y nacional de este nefasto principio.

El orden capitalista

Contradicciones económicas

EL MAQUINISMO Y EL PARO

El progreso incesante de la técnica hace que la mecanización del trabajo alcance desde la guerra límites extraordinarios. En el Estado de Nueva Jersey funciona desde hace poco una fábrica de seda artificial sin ningún empleado, que puede trabajar las veinticuatro horas del día sin interrupción. Hasta hace pocos años, un hombre sólo podía hacer día 400 ladrillos, en tanto que en un tejedor moderno un solo hombre puede producir 400.000 por jornada. Existen en las fábricas de tabacos americanas máquinas que elaboran cigarrillos a la vertiginosa velocidad de 2.600 por minuto.

El paro que se producía a consecuencia de la mecanización progresiva podía ser absorbido durante bastante tiempo por la creación de industrias nuevas; pero en una de las más recientes industrias, la del automóvil, a pesar de crecer la producción, disminuye el número de obreros, pues en 1925 contaba con 47.000 operarios menos que en 1924, y en 1926, con 69.000 menos que en 1925.

¿No es extraño que mientras hay millones de personas en los países ci-

vilizados que padecen hambre, frío en invierno, que tienen que ir andrajosos porque carecen del dinero necesario para comprar alimentos y ropas adecuadas, los agricultores de Norteamérica y algunas otras comarcas estén quemando el trigo por miles de toneladas y sembrando menos de la mitad del algodón que acostumbraban sembrar?

¿No es extraño que en Europa centenares de miles de pobres gentes tengan que beber imitación de café, hecha con paja y esencias baratas, por no poder comprar café fresco, mientras que en el Brasil, país productor, se está quemando el café en lugar de carbón en las locomotoras y el Gobierno brasileño ha prohibido la plantación por tres años?

¿No es extraño que en Alemania centenares de miles de hombres y mujeres estén pasando privaciones y hasta hambre porque carecen del dinero preciso para comprar la carne que solía venir de Dinamarca, mientras que en Dinamarca, no hace mucho, se sacrificaron 250.000 cabezas de ganado vacuno, cuya carne se quemó para con-

vertirla en abono, porque los ganaderos daneses ya no pueden vender con garantía suficiente en Alemania?

En Holanda, también recientemente, se han sacrificado y quemado de la misma manera 100.000 cerdos. En Portugal se ha echado el vino a las alcantarillas. En España, en muchísimos huertos, se ha dejado la naranja caerse y pudrirse al pie del árbol. El caucho ha quedado de incontables árboles en Malasia, en las Indias holandesas, en Suramérica, pero no se ha permitido a los obreros que recogieran la preciosa goma. En los Estados Unidos los soldados han echado a los trabajadores y a los comerciantes de los campos petrolíferos para que no sacaran petróleo de los pozos. Miles de hectáreas de caña de azúcar se han dejado perder en las plantaciones antillanas, sin que se permitiera la zafra. Las plantas de yute en la India se han dejado asimismo en pie por millares. Toneladas de pescado han sido echadas otra vez al mar por los pescadores que acababan de pagar penalidades para cogerlas. —FISHER.

Las Bases de trabajo de A. C., filial de CEDA, han sido objeto de grandes muestras de simpatía por parte del alto personal y direcciones de las Empresas a pesar del gran aumento que suponen para la Banca. Las han celebrado con una coquetona sonrisita de conejo. (¡Lagarto, lagarto!)

Por correo

A un bancario que se sentía apolítico

Bien, camarada. Tu carta me trae hasta este rincón un aire emocionado de inquietudes que espero realices e incluyas allá donde observes o veas una duda o un titubeo.

Pero es preciso superar nuestra propia marca. La experiencia social y política adquirida en estos últimos años, nos obliga, a todos los trabajadores conscientes de nuestra responsabilidad, a pensar más alto y más allá del deber de bancarios afiliados en una gremial, sin otras inquietudes que las naturales de la profesión, ni más aspiración que defender un sueldo decoroso, o agitarse en época de una reivindicación colectiva o ante la discusión de la Carta de Trabajo.

¡Pequeña aspiración sería esa que nos colocaría en el nivel de una mentalidad reformista!

La organización que como la nuestra ha cubierto las etapas pasadas, tiene la obligación de superarse, de aspirar a jugar papel más importante aún, dentro del movimiento obrero, por razones de cultura, de exigencias sociales y, sobre todo, por un imperativo categórico de conciencia que nos obliga a dar a la organización más de ella nos ha dado ya, bastante generosamente.

Te decía al comienzo que era preciso superar nuestra propia marca. ¡Claro! No de otra forma se puede lograr nuestro plan de reivindicaciones: reivindicación de represalias, Carta de Trabajo, etc.

¿Cabe esperar que por renuncia o cansancio de los mangoneadores de la Banca privada, nos concedan las aspiraciones morales y materiales a que tenemos derecho? No creo que ningún bancario lo piense; ni que tampoco han de llover del cielo esas mejoras o esa transformación. Se efectúa, sí, pero con el esfuerzo y el sacrificio a veces heroico por parte de quienes acometen esas aspiraciones. Y cuanto mayor envergadura tiene la reivindicación, ma-

yor ha de ser el esfuerzo, mejor la unión, más fuerte la disciplina.

Principio vital para esa lucha con la cual hemos de arrancar las aspiraciones de manos de la burguesía y el capitalismo, caracterizado en la Banca, es contar previamente con Sindicatos fuertes, disciplinados, con capacidad y una orientación clara.

Tus palabras sinceras, que me demuestran tu error de antes de Octubre, creyendo que no era necesario emplearse a fondo en política, traen a mi ánimo el emocionado convencimiento de tu haldad, para siempre, y también la honda satisfacción de que, como tú, millares de trabajadores habrán comprendido la inútil ofuscación en que vivían, creyéndose que alejados de la atención política, podrían las organizaciones obreras conseguir cuanto se propusieran. La experiencia vivida les habrá hecho comprender, aunque en tu caso es diferente, que necesariamente, por exigencias de la lucha por la existencia, hay que actuar en todos los terrenos, en el sindical y en el político, elevando el nivel ideológico que nos permita comprender los problemas de nuestro tiempo.

Y el que no piense así, el que no se crea capaz de luchar y seguir esa ruta político-social, que se coloque a retaguardia y, observando la disciplina de la mayoría, que siga los pasos de los que con el ejemplo de su vida, de su

ejecutoria y de su trayectoria son los llamados a conducirlos.

No veo otra solución, camarada, ni otro camino para conseguir nuestra propia emancipación. El apoliticismo es una frase derrotista, un chantaje de la burguesía para alejar las masas obreras de las luchas políticas. Táctica para distanciarnos de una cuestión fundamental y mangonear ellos a su antojo, reforzando la opresión.

Pero después de Octubre ya no se podrá manejar el apoliticismo como arma electoral. Después de esta etapa vivida tan hondamente, el obrero y la organización sabe que hay que llevar a los puestos de dirección política el mayor número de representantes obreros. El apoliticismo derrotista, nefasto y negativo de ciertos postulados morirá aplastado por la masa de trabajadores que, con consecuencia histórica de su destino, avanza a dar la batalla definitiva en todos los frentes.

Entonces, el cristo proletario será desclavado.

Hernando LINAN CASTANO

Imp. Cosmos. Av. 14 Abril, 39 T. 17990

Bruno Achaval

En San Sebastián, en cuya Organización nuestra fué militante excelente, ha dejado de existir el camarada Bruno Achaval.

Compartimos un dolor que es nuestro con la familia del buen compañero y con nuestra sección de Guipúzcoa.

Asistimos a una magnífica experiencia que es la comprobación terminante de todo cuanto teníamos previsto. Los bancarios españoles no deben desperdiciar ni una de las magníficas lecciones que nos vemos forzados a asimilar. De la exposición de principios y táctica pasamos a vivir las conclusiones teóricas que han sido objeto de nuestra actividad social. Útil nos fué aquella etapa, pero más ha de serlo ésta. La capacidad política de los trabajadores del país y la nuestra, en este caso, se eleva tanto como se afirma nuestra conciencia de clase. ¡Atención al disco de la enseñanza que nos reporta la fase histórica que ahora vivimos!

La mentalidad de la Banca española

El Banco de Vizcaya, en Madrid, acaba de ejecutar el embargo de una sastrería y ha colocado entre sus empleados cortes de traje a 50 pesetas

La noticia, en lo episódico, puede incluso carecer de valor. Es seguro que los empleados del Banco de Vizcaya habrán celebrado íntimamente la medida tomada por la Dirección del Establecimiento. Al cabo y aunque hayan tenido que soportar la humillación del ofrecimiento atendiendo a la jerarquía — jefes, jefecillos, empleados y subalternos, por este orden — se les ha presentado la coyuntura feliz de hacerse un traje en condiciones de no malograr el reducido presupuesto.

Pero, en lo objetivo, es indudable que se ha dado un hecho sintomático revelador de la mentalidad de la Banca española. Mentalidad semi-feudal que dibuja por modo elocuente ese episodio de tenderos como expresión típica de las preocupaciones de nuestros banqueros.

Puede decirse que la Banca española — y nos referimos a la Banca privada, particularmente — se mueve en torno a dos cuestiones para ella fundamentales: la obsesión del dividendo y la preocupación del personal. Ha hecho de sí misma un fin y no un medio. En cualquier país de capitalismo avanzado la Banca cumple con el papel que la economía le tiene asignado: distribuye el dinero, fecunda las fuentes de riqueza, permite el impulso, intensificándolo, de la industria y el comercio.

En España, las cosas discurren de otro modo. Aquí, los Bancos se establecen y desarrollan para hacerlos rendir los mayores beneficios con el propósito exclusivo de repartírselos entre los consejeros. Naturalmente, los establecimientos de «crédito» adquieren un carácter usurario y practican confusamente toda suerte de operaciones.

Era curiosa la reacción de los banqueros en las deliberaciones que con motivo de la Conferencia de Salarios tuvieron lugar al final de 1932 y comienzos del 33. Hablaban de la imposibilidad material de hacer frente a las pretensiones de los empleados y ello en nombre de la economía nacional. El impudor saltaba a la vista. Ellos, que ejercen una verdadera dictadura, una dictadura absorbentista del capital en beneficio exclusivo de esa oligarquía integrada por los Consejos de Administración, los beneficios que obtienen crecieron en progresión geométrica durante el último tiempo, ellos que realizaron su negocio espléndido sobre la miseria de los que única y realmente trabajan a su servicio a la sombra de una economía primitiva cuyo desarrollo impiden, se permitían hablar de la economía nacional. De lo que resultaba que los «patritas» de las finanzas llegaban a imponer el sacrificio de los trabajadores, condenados, como todo el país y particularmente las clases populares a la vida más miserable.

Estamos convencidos de que su diléctica en ocasión de la discusión próxima para el establecimiento del nuevo Contrato de trabajo será la misma. Con semejantes procedimientos e igual mentalidad la posición se corresponderá perfectamente con la política tradicional.

De nada servirá nuestra argumentación, pues sobre que la incapacidad de la burguesía financiera para desenvolverse en su marco específico sigue padeciendo de defectos fundamentales, el sentido feudal de sus fueros hasta los que ninguna legislación llega no consentirá siquiera la crítica que los trabajadores debamos hacer en orden a exigencia tan fuerte como es la de la defensa de nuestros intereses.

A la actitud típica de la Banca, que tiene expresión cabal en la frase de «en mi casa mando yo», oponemos nosotros razonamientos de recia contextura que si no nos han de proporcionar éxitos estimables, por lo menos nos permitirán fortalecer un estado de conciencia indispensable de llenar de contenido a los fines de hacer comprender a las grandes masas la imposibilidad de solucionar con recetas de la mejor intención — el New Deal norteamericano, por ejemplo — la situación que a estas alturas nos plantea un orden económico maravillosamente anárquico.

Mas, resulta evidente que en la pugna histórica que habremos de mantener como desposeídos, hemos de luchar incansablemente contra todo el tinglado que determina la injusticia social presente. En este aspecto de la crítica y divulgación del sistema bancario que padecemos, nosotros, los empleados de banca, tenemos papel especial porque somos los que más de cerca apreciamos los efectos de una causa y porque en el orden inmediato hemos forzosamente de luchar contra lo que constituye la razón primordial del raquitismo que en las condiciones de vida nos vemos obligados a soportar.

Al realizarlo sabemos que ejercemos un derecho profesional y cumplimos con otro social más importante todavía. No es tolerable que con un descuento oficial del 6%, que prácticamente se convierte en el 7 ó en el 8% y que significa que nuestro dinero es el más caro, el comercio y la pequeña industria no puedan obtenerlo por las restricciones que se le imponen. Ni lo es tampoco porque se aviene mal con el patriotismo de que blasonan los tiburones de las finanzas que, mientras permanecen infecundas las fuentes de riqueza del país, los Bancos inviertan más del 50% de sus fondos en valores.

En estas condiciones, los demagogos de la política, que son los representantes directos de los propios banqueros y a veces ellos mismos, hablan de resolver, entre otros, el problema del paro forzoso. Sacaremos el dinero de donde lo haya, dicen. Pues, ahí está, en los Bancos. Lo tiene, para su disfrute, la casta que financia vuestra propia demagogia. Una palabra y el milagro del «resurgimiento» nacional quedará realizado. ¡Atreveros! Pero, no será. Los criados no pueden nunca rebelarse contra sus dueños...

Entretanto, no el problema del paro obrero sino todos los que tiene plantea-

dos el país como entidad económica se irán diferenciando para llevar a cabo una sola política: la que se dirige contra las condiciones de vida de la clase trabajadora. Y, simultáneamente, los establecimientos bancarios, a falta de una capacidad para organizar el trabajo y darse una estructura a tono con las verdaderas exigencias de una Banca progresiva, seguirán entreteniéndose en perfeccionar todo un aparato policiaco y carísimo de Directores, jefes y apoderados, dedicados con preferencia a vigilar a los empleados por el mejor «aprovechamiento» de la jornada, la persecución de los que reniegan con dignidad de las prácticas del servilismo — que son siempre, profesionalmente, los mejores — y el mejor «control», incluso, de todas las tendencias políticas o religiosas que son el patrimonio espiritual y único de los que queriendo ser hombres libres han de soportar esta moderna tiranía.

GARCIA LAGO.

Se están publicando con gran satisfacción los resultados de los ejercicios del pasado año, en los diferentes Bancos. Todos son brillantes y halagadores, pero no falta, en sus respectivas memorias, el latigazo despiadado al personal por haber visto aumentados los «Gastos Generales» en una «enorme» proporción. Hubo entidad, creemos que este año se repetirá el «disco», que sobre esto dedicó cerca de 19 páginas glosando el aumento, mientras que en los tiempos de hambre para el empleado tan sólo dedicaba unas protocolarias líneas «agradeciendo» la colaboración.

Y es que definitivamente, vamos camino de la compenetración entre el capital y el trabajo. A la deliciosa colaboración de las clases, propugnada por la burguesía desde *El Debate*.

«...Sólo con la intención de engañarnos a nosotros mismos y mimar los que han sido en el pasado errores sociales y viejos prejuicios, podemos sostener que somos una clase privilegiada y aristocrática que oscila entre los de «arriba» y los de «abajo» y que nada de común tenemos con el resto de los trabajadores. La historia de nuestra colectividad nos viene demostrando cómo el régimen, a medida que se desarrolla, nos va empujando hacia abajo, proletariándonos, para, más tarde, en una superación capitalista, en la centralización de la Banca, lanzarnos al paro con todas sus consecuencias. En esa situación no solo somos trabajadores si no que somos de condición inferior en relación con los trabajadores manuales.

Nada más interesante, pues, que plantear los problemas con claridad y crudeza. Solo así podemos comprenderlos y examinarlos a la luz de la verdad. Si somos trabajadores y con todas sus consecuencias ¿por qué negarlo? ¿Por qué negar la relación que existe entre los que trabajan ante los libros que contabilizan la riqueza y los que manejan los instrumentos de trabajo que la producen?...

Del libro: «Los trabajadores bancarios y sus problemas», que el compañero Amaro Rosal editará próximamente.

Los encargos, al precio de una peseta, pueden hacerse a la Federación, cuyo beneficio íntegro, lo dedica, por mandato del autor, a nutrir el fondo pro seleccionados.

De la buena prensa

Demagogia al día

Con el señuelo de «La propuesta de nuevas bases de trabajo de Banca» el Sindicato Católico de Empleados de Banca (?) y el Sindicato Español del mismo ramo (?) han lanzado en las pomposas columnas de «Trabajo», ese periódico de A. C. que con tanto lujo y buen dinero se publica, unas bases de trabajo para el personal de Banca cuyo contrato van a conquistar con el beneplácito de su Ilustrísima y cabalgando sobre la armónica inteligencia entre el capital y el trabajo.

La emoción que hemos sentido al ser acariciados por la «promesa» de ver resuelto nuestro problema profesional y económico en el futuro Contrato, brindado por la feliz obra social, «siempre en proyecto» de estos nuevos evangelistas, nos han hecho meditar profundamente.

No sabemos qué admirar más, si la ingenuidad del anzuelo o el cínico propósito de pescar incautos.

Las empresas se han sonreído, saben lo que significa la literatura social-cristiana y que por tanto al invocar el sacrificio que supondría su aceptación, como buenos chicos, colaboradores con el capital, resignadamente, dejan en que el contenido fuera la reproducción de su propia indignidad y miseria.

Por fortuna para los bancarios, la experiencia que estamos viviendo y los hechos mismos son bastante elocuentes. A nuestros camaradas no se puede ir con espejuelos como a las alondras.

Los modernos fariseos son ya conocidos a través de sus «obras sociales», estrangulando todas las conquistas de la clase trabajadora. Hasta los más fanáticos conculcadores de los principios cristianos con las prácticas «farisaicas» de sus jefes, están avergonzados de no poseer ni un botón de muestra para poderlo lucir como conquista social.

Saben además, están plenamente convencidos de ello, que a la conquista de un Contrato de trabajo que supere al actual o a mantener en todas sus partes las reivindicaciones de los bancarios, conseguimos cuando en el área política no gozábamos de las promesas «evangélicas» de los esbirros de Herrera, solo podremos ir pertrechados de la fuerza de nuestra Federación Nacional y cuando pasen «a mejor vida» los valedores del «orden» actual que tanta caridad cristiana demuestran aullando desde sus podridas conciencias, penas de muerte para el proletariado.

Entre tanto, a pesar de las encíclicas y los pregones vocingleros, la Patronal, al amparo de la política reaccionaria actual y al frente de ella Acción Popular (esta... muy catolicísimamente), van llevando de miseria los hogares de los trabajadores, saneando «sus» economía a costa del hambre de los católicos que se aborrecen y de los rebeldes a quienes esclavizan.

Pero a cada puercito le llega su San Martín y a estos...



Un Primero de Mayo más

La clase obrera hace balance cada Primero de Mayo, desde la masacre de Chicago. La «fiesta del trabajo», que jamás tendría, dentro del régimen burgués, la grandiosidad de sus motivos, es para el proletariado que gime bajo el imperio del capitalismo, un día de lucha, de recuento de fuerzas y exaltación de las ideas y las convicciones; templando el ánimo para las batallas venideras.

Sólo en un trozo de nuestro planeta, que representa casi la sexta parte, se conmemora el Primero de Mayo; el homenaje sublime al trabajo, al arte, a la ciencia, a todas las manifestaciones del progreso, dentro de un ambiente de bienestar y fraternidad proletaria. El resto del mundo, celebra este Primero de Mayo bajo el signo macabro de una amenaza de guerra con la agudización terrible del problema del paro, que es decir, mayores miserias, mayores dolores para las masas trabajadoras del mundo capitalista.

¿En qué condiciones reciben los bancarios este Primero de Mayo? No hacen falta frases para demostrarlo. Sin embargo, no es impertinente preguntar: ¿hemos avanzado o retrocedido? No es fácil la respuesta. Yo afirmo, que no obstante esta situación, de momento adversa, hemos avanzado socialmente porque retrocedimos económicamente sin que esto quiera decir que es una tesis. No. Es un «hecho» bancario, nada más.

Se hace precisa una experiencia y unas cuantas lecciones. Ya las tenemos, más elocuentes que cuanto pudiera decirse o escribirse. La colectividad, en este año social y económico ha aprendido muchas cosas. La principal es que ya sabe lo que vale la organización como único instrumento de defensa de nuestros intereses; lo que significa la unión de los bancarios para que sus derechos puedan ser respetados. Aprendieron también a descubrir los falsos fundamentos y sofismas dialécticos de los «apolíticos», los profesionalistas erigidos en redentores. ¿Dónde están?

En el orden económico tenemos ante nosotros las realidades de un año, ¿qué más queremos! Ellas dicen, con toda claridad, que los intereses de nuestros patronos están, para ellos, natu almente, por encima de todo: son intangibles, digan lo que digan las encíclicas.

Los nuestros, en justa recompensa, deben estar también por encima de todo, y para interpretarlos y defenderlos no tenemos más que nuestra unión en torno a nuestras organizaciones.

Este año, comprendido de Mayo a Mayo de 1934-35, nos hizo pasar por hechos políticos anhelados por muchos bancarios profesionales y apolíticos (?). ¿Qué nos han traído los que tanto nos prometieron? Vejeciones, vulneración del Contrato, pérdida de la estabilidad, despojo de nuestros derechos y burlas y escarnio de la legislación social que nos amparaba.

Lo político, pues, en estos últimos tiempos, tiene para los bancarios notas de triste realidad. Los hechos han venido a confirmar lo que sistemáticamente sostuvimos.

No podrá la clase obrera, en este Primero de Mayo, manifestarse ni hacer exposición de sus programas reivindicativos. Se lo impedirá una situación política «dada» que está al servicio de los intereses «patronalistas», dispuesta a ahogar toda rebeldía y manifestación de la clase obrera. Estamos en una República de trabajadores. En esta sola consideración se concentra toda una política, dibujando su trayectoria. Nada tiene que ver el proletariado con aquella. Nuestros postulados tienen otros derroteros.

Estábamos acostumbrados, en estos últimos tiempos, a las luchas fáciles. Es un inconveniente que ha desaparecido en la adversidad. Los estandartes del proletariado quedarán guardados. Mejor. Más vale que su espíritu, su «rojo» vaya dentro de cada conciencia obrera.

En este Primero de Mayo poco más podemos ni queremos decir, ¿pa a qué? La clase obrera está de luto y en silencio. Pero laten en ellas las mismas rebeldías acumuladas y los profundos anhelos de justicia, que son el motor de su marcha, y nada ni nadie podrá parar, aunque las alternativas de la lucha la obliguen a veces reducir transitoriamente su velocidad.

El porvenir, pese a quien pese, es nuestro. Nos corresponde por derecho y vamos a conquistarlo de hecho. En él tenemos cifradas todas nuestras esperanzas.

AMARO ROSAL DIAZ

